

LA TIERRA PROMETIDA



Esta tierra que nos cupo hace unos años el privilegio de hollar, y que pisamos entonces atribuladamente, es la tierra prometida de Moisés, el fin del Exodo. La región contiene la verdadera historia del mundo. Y la actualización que tiene en estos días, después del viaje del Santo Padre, no tiene nada que ver con la puesta a punto en los noticiarios de lo que entendemos por realidad candente y periodística. Una vez allí todo parece volverse intemporal. Cuando en Israel nos hablan del rey David, se nos pierde la proporción cronológica de la Historia. El espectro del rey poeta y genial, conductor de su pueblo, se nos aproxima como si hubiera vivido hace unos pocos años. Pensamos entonces que, para ellos, el bíblico monarca no era mucho más lejano que para nosotros pudiera serlo Alfonso XII, pongamos por caso, salvadas, naturalmente, todas las distancias, que son muchas. Para ellos no es un mito, como para nosotros, sino una presencia histórica viva.

La tierra de Palestina está hoy partida en dos, con una frontera delimitada por los artilugios de la guerra fría y de las alambradas. Esa divisoria, sea cual sea el juicio que merezca, nos pareció a nosotros, cuando visitamos el país, evidente no tanto por la demarcación política y militar cuanto por cierto matiz que hace también distintos los Lugares Santos en el Evangelio. La parte que corresponde a Jordania es dramática, acre y dura. Las tierras de Galilea son, en cambio, dulces, suaves, azuladas. A la izquierda del Jordán, las anfractuosidades geológicas tienen un diseño trágico y un color virulento, rojizo. La aridez es infinita en los andurrialles de la tierra de Abraham. El Jordán discurre en meandros desiguales, en curvaturas incessantes, en un cauce no muy ancho entre el pedregal. El agua del Jordán es también dramática, espesa y teñida de un color de fango casi sangriento. La vega del Jordán es exigua y el río parece una culebra sucia que se arrastra por el seco desierto.

Nosotros entramos en la Tierra Santa por el camino de Damasco, en el sentido inverso del que tomó San Pablo en el instante de su conversión. La tierra de Siria se parecía, en estos lugares, a nuestro paisaje de los Monegros si no tuviera, festoneándolo a la diestra, la cadena de colinas que arrancan del punto de luz que brilla en la cumbre puntiaguda del Antilibano, perpetuamente nevada. Esa luz de la nieve en el azul del cielo es como un destello metafísico. Unos árabes campesinos aran de trecho en trecho una parcela, en la que asoma un trigo raso y desigual, un trigo anémico cuyas líneas de siembra se ondulan con desigualdad artesana, tal como debieron de hacerlo desde hace siglos y lo hacen hoy de espaldas al tractor y a la técnica. Al cruzar el Jordán no nos deja esa imagen labriega, individual, ni el signo pastoril y pobre de la ilustre comarca. Ahí, o a poco de ahí, está Jericó, la más antigua ciudad histórica del mundo. Y más allá el lugar de la predicación de Juan, la voz que clamaba en el desierto. Y desierto es todo esto. Cuando entramos en él nos dominan dos contrafuertes: a la diestra, la suave línea de colinas azuladas que nos aproxima a Jerusalén; y al sur, la bocanada azul del Mar Muerto. El Mar Muerto tiene la siniestra fama que le ha dado su leyenda y, ya sin excusas, la deletérea calidad de sus aguas. Pero a nosotros nos pareció de una belleza extraña por el contraste entre el bellissimo, indescriptible azul de sus aguas y el magenta ideal de la tierra seca que le circunda en abruptos dólmenes, en raros estratos de tierra árida. Es como un gran ojo azul que mira al azul del cielo en unos párpados viejos, amarillos y arrugados. Luego comienzan las tierras de Cristo; en primer lugar, el desierto irregular, hecho a escalas distintas, en montículos y quebradas sólo manchados por la jara silvestre, donde el Salvador pasó cuarenta días y fue tentado por tres veces. Y más allá Bethania, el pueblo de Marta y de María que vio la resurrección de Lázaro. Nada nos indica allí que Jerusalén, la ciudad santa, esté a dos pasos. Y está, salvada una colina polvoriento cargada de piedra, de muchedumbre, abigarrada, desigual, disparatada e inmutable. Está, pese a las devastaciones y a las invasiones, como estaba hace dos mil años.

Pero toda esta tierra, su orografía, su color, su configuración geológica, tiene un tinte trágico y agobiante. Las manchas oscuras de los matorrales acusan aún más la inmensidad del océano de polvo en estratificaciones desmesuradas. Es una tierra de soledad eremítica, de una condición obsesiva y alucinante. Bethania —lo que queda de ella que es casi nada más que su situación en el mapa— está en un desmonte pelado. Nos cuesta imaginar el atisbo de vida social y amistosa del gran pasaje evangélico. Lo que aquí está vivo es Jerusalén, tumbado en la llanada y arropado en las suaves colinas. La muralla, la puerta de Damasco, las estrechas calles de la ciudad vieja son las que habíamos presagiado.

Pero a esta parte de Jerusalén, a esa Ciudad de Dios envejecida y trasegada, le descubrimos también al instante la faz de ciudad trágica. Ahí está el Huerto de los Olivos y el Calvario, el sudor con sangre, el sublime sacrificio. No acertamos a situar en ella la gloria efímera del Domingo de Ramos sino el apocalíptico temblor de la Crucifixión.

Y, sin embargo, Jerusalén es una encrucijada, una placa turnante de toda la vida evangélica. Esa placa turnante tiene un resorte neurálgico, pasadizo de las dos vertientes de la Tierra Santa. Ese lugar preciso, puesto en vigencia hace unos años, se llama la puerta de Mandelbaum. El lugar tiene un poco el aspecto de un pasadizo, de un biombo o la rara angostura de la tramoya teatral en las comedias antiguas. Esa puerta abre el paso a la Palestina dulce y benigna. No por su condición política actual, sino porque en ella empieza la parte dulce y benigna de los misterios evangélicos. Allí están el lago de Tiberiades y la infancia de Jesús, Nazareth, ahí están los carpinteros y los pescadores del texto evangélico.

Sólo Belén queda en Jordania. Pero tan escondido y arropado en la piedra de la Basílica que apenas puede entreverse, entre lámparas votivas, el simplicísimo hueco de la Cuenca de la Natividad.

Imaginamos siempre verazmente, en esas calles, en esos poblados hechos de polvo y de color, el pasaje evangélico en que, para que pudiera aproximarse al Hijo de Dios, tuvieron que izar a un paralítico y descolgarle por el hueco de una techumbre. Todo es un dédalo de humanidad apinada, de casuchas amontonadas, de tumulto humano, de desasimiento y soledad; un mundo dificultoso y creyente, que abre un hueco en la techumbre para poder rozar al Salvador.

la tierra audaz y benigna

Del otro lado están las vegas, los tractores, los ingenieros, el asfalto, la mecánica, los hoteles, los químicos y la agricultura racional. Del otro lado está el experimento de la técnica occidental y de los nuevos hombres, de los procedimientos vigentes, que se evidencia en asfaltadas carreteras, en perfectas señalizaciones. Israel es un enclave de la técnica y del racionalismo de occidente en estado químicamente puro. Las laderas de las carreteras parecen un jardín, en primavera. El Estado de Israel está hecho por una juventud ardiente y progresista, que charla con entusiasmo y explica el porvenir sin demasiadas alusiones a un remoto pasado. El contraste entre los dos mundos se hace vivo y no siempre cómodo para el espíritu.

Para la realización del experimento, los hombres de esta vertiente cuentan con un telón de fondo mucho más suave. Ya hemos dicho que ahí está, en este lado de la frontera, el evangelio de las bienaventuranzas y de la pesca milagrosa. La adecuación de los dos mundos —técnica y paisaje— se produce de manera natural. Cuando nos apeamos del vehículo para contemplar, desde lo alto de una colina, la reverberación maravillosa de las aguas del mar de Tiberiades no nos cuesta imaginar que en aquellas aguas, tal noche como hoy, Jesús caminó sobre las aguas. Una brisa suave acompaña al milagro. Más allá, Nazareth está en una ladera, en declive, extendida todo a lo ancho de ella, en panorámica. La virtualidad del lugar no ha sido manoseada excesivamente. Imaginamos allí verdaderamente el taller de artesanía de San José el carpintero, e imaginamos la madurez de Cristo en los años que precedieron a su vida pública. El sentido de la verdad espiritual y religiosa trasciende del propio paisaje. Estas son las tierras de Judá y las tierras de Israel, las tierras de los filisteos. A ambos lados de esta frontera, tan marcada en su signo y en sus previsiones, está, sin embargo, la raíz y la semilla del mensaje de paz y de redención humana.